

Discurso al Ateneo Científico y Literario (Conservatorio de Música)

19 de mayo de 1921

Señoras y señores:

Nuestro presidente del Ateneo Científico ha expresado con exactitud mis sentimientos.

Este título que él llama humilde es una gran honra para mí y lo recibe con cariño quien en esta casa empezó siendo un aprendiz de literato.

La fiesta que hoy se celebra trae a mi memoria recuerdos felices, cuando en las reuniones del Ateneo daba yo lectura a mis primeras novelas.

Ante este acto yo siento la sorpresa de quien empezó siendo un modesto recluta de este regimiento del saber y ahora recibe honores de coronel.

Ello testimonia un progreso en mi obra y en el amor que me profesáis.

¡Cuán grato, cuando me hallo en mitad del camino de la vida, ver esta juventud que me sale al paso en todas partes, juventud gloriosa, llena de promesas, ante la cual no es posible evocar el pasado, sino sonreír al porvenir que vive en hermosa primavera de la vida!

Pero yo, al hablar en este acto, al conversar nuevamente con vosotros, quiero hablaros de algo concreto —que no sea todo palabras de gratitud y voy a comunicaros mis impresiones del viaje que hice últimamente a los Estados Unidos, donde tomé parte en muchos actos como este, donde hablé muchas veces, aunque no siempre me entendían.

Voy a daros la razón del porqué es aquel país el de más espléndido presente y el que ofrece más glorioso porvenir a la humanidad.

La historia ha seguido un movimiento geográfico de Este a Oeste en el curso de los siglos y así el centro del mundo ha marchado de la vieja Europa a la joven América. El centro del mundo ha estado a través del tiempo en las antiguas monarquías asiáticas en Egipto, Grecia, Roma, en la España de Carlos V y del imperio colonial, en la Francia de Luis XIV y de la Revolución, en la Inglaterra liberal y moderna y estuvo a punto de estar en Berlín, cuando un movimiento de barbarie pretendió imponer la hegemonía universal de Alemania.

Ahora el centro del mundo está en Washington, capital de los Estados Unidos, en la Casa Blanca, donde vive modestamente un hombre que no es soldado ni arrastra sable, sino un modesto agricultor o un modesto abogado o un modesto profesor.

Él gobierna un pueblo enorme y asume los papeles de jefe y director sobre la democracia más poderosa y rica de la humanidad.

Cuando yo paseaba por enfrente de la Casa Blanca de Washington y veía salir en un modesto carruaje al hombre que gobernaba una nación de 120 millones de habitantes,

que en plena guerra se preocupó de dar de comer al resto del mundo, de salvar la libertad en Europa e imponer la paz en el mundo, recordaba que cien años antes, en 1812 moría un hombre que se llamaba Napoleón.

Y pensaba: si Napoleón resucitase y viese que cien años después de su muerte un paisano, un hombre humilde y civil, era el soberano más poderoso de la tierra, se volvería a morir, pensando que este mundo era absurdo y que lo que había sucedido no debía haber sucedido jamás.

Y este gran milagro de la historia se produce entre la ignorancia de todos, de nosotros mismos que no conocemos bien los Estados Unidos, sobre los que tenemos ideas preconcebidas, falsas —como las tenía yo mismo— y que nos impiden ver a aquella poderosa nación tal como es.

Esto no tiene nada de particular, porque lo mismo sucede allí respecto a nosotros, y tampoco ellos, por ideas preconcebidas falsas, ven a la Europa de verdad.

¡Parece que las naciones hayan vivido siempre con esa horrible obligación de ignorarse mutuamente, alimentando la calumnia y encendiendo los odios y las guerras, que se evitarían si todas las naciones se conociesen!

Yo atribuyo todas las calamidades que producen dolor a los hombres a que sabemos poca geografía. Me explicaré: todos sabemos lo que podíamos denominar geografía material, y conocemos los ríos, los mares y las montañas del mundo; pero ignoramos lo que yo llamo geografía étnica o psicológica

Tenemos tipos preconcebidos de los hombres de otros países y hacemos símbolos bufos de las nacionalidades.

Para la generalidad, incluso para la plebe ilustrada, un inglés es un hombre que viste traje a cuadros, que es rubio y serio, hace tres comidas al día y está siempre borracho de whisky; un italiano es moreno y locuaz, tiene siempre un título nobiliario, toca la ocarina, lleva melenas y se alimenta de macarrones; una francesa se la figurará siempre con una copa de champán en la mano y una pierna en alto y un francés será un hablador incansable y de escasa formalidad.

Y esta caricatura que el vulgo de España hace de los hombres de otros países, la hacen ellos de nosotros.

Cuando enseñamos en el extranjero los retratos de nuestras mujeres y de nuestras hijas, nos dicen con sorpresa: «¡Van vestidas a la moda francesa; llevan sombrero! ¡Creíamos que las mujeres españolas llevaban siempre mantilla!» y no se atreven a añadir: «...y navaja en la liga».

Y lo mismo para ellos, un español es un hombre moreno, delgado y religioso, que ha llegado a poder suprimir la comida y que baila el fandango o el bolero.

Esta geografía de género chico, que hace reír, la llevamos anclada en nuestro cerebro, aunque luego el estudio, los viajes y las lecturas destruyan esta cómica imagen de nues-

tra primera impresión que nos dio la geografía vulgar y equivocada de la psicología de un pueblo.

Ella hace ver, desde lejos, al pueblo norteamericano, como un pueblo sin poesía, consagrado a la caza del dólar, con una vida de autómatas en la que ha muerto la espontaneidad y el espíritu para dar paso a la brutalidad material y a la envidia del dinero. Esto es tan falso como esa leyenda del español religioso, hambriento y bailarín.

En América, los hombres son como los demás del mundo. Precisamente la gran enseñanza que facilita los modernos medios de comunicación es la de ir conociendo esta gran semejanza entre todos los hombres, que los hará más fraternales.

Los hombres son iguales en todas partes y lo que cambia es el ambiente.

Se dice que en los Estados Unidos no hay vida intelectual. ¡Qué gran error!

Yo puedo afirmar que hay una vida intelectual más intensa que en otras partes.

Los Estados Unidos han dado una gloriosa aportación al mundo de la literatura, no tan extensa como España y Francia, viejas naciones de espléndida tradición literaria, pero asombrosa porque solo cuenta un siglo de existencia, una corta vida que impuso el sacrificio enorme de la colonización, que distrajo las actividades de una gloriosa pléyade de escultores, pintores y hombres de ciencia.

¿Quién dice que no tiene vida literaria los Estados Unidos? Allí nació el novelista de más imaginación y fantasía más sorprendente de cuantos han nacido, cuya huella está aún latente en la literatura universal y en la que hemos mordido todos los escritores para alimentar nuestra imaginación. Me refiero a Edgar Poe, autor de los cuentos maravillosos que todos conocéis.

Y ha producido pensadores como Emerson y poetas y artistas gloriosos.

¿Por qué? Porque la nación americana está formada de una depuración de todas las razas del mundo y claro está que no puede hablarse de raza americana, sino de nación.

Allí afluyen gentes de todo el mundo. ¿Quiénes son los más imaginativos del mundo: los franceses, españoles, italianos...? Pues allí van todos los más imaginativos de dichos países. Los que aquí pasan hambre y miseria, comen allí y gozan libertad. Con esos elementos, ¿tendrá la nación americana espíritu imaginativo y artístico?

También se dice que aquel pueblo no ama la ciencia. ¡Decir esto! Yo he de deciros que en los Estados Unidos no existe un ministerio de Instrucción pública y si a un ciudadano norteamericano le dijese que necesita ese ministerio para preocuparse de dar cultura al pueblo se sentiría ofendido, como si le propusieran que otra persona iba a preocuparse de proporcionarle el aire y el sol que necesita para vivir.

La instrucción pública se considera como un deber privado y aparte las escuelas primarias que sostienen los municipios, todos los demás centros docentes se deben a iniciativa particular. Varios señores se reúnen y fundan una universidad, como si fuese un club, suscribiéndose con 10.000 dólares o más al año, para mantenerla.

Así se han creado más de 500 universidades y muchas bibliotecas y museos y laboratorios.

¡Que no hay allí vida intelectual! ¡Allí donde los ricos dejan el 93 por 100 de sus fortunas para crear universidades y bibliotecas! ¿Sucede eso, acaso, en Europa? Aquí los ricos dejan sus fortunas a los hijos, fomentando el parasitismo, o a lo más, para fundar un hospital, a condición de que lleve su nombre, y con mayor espíritu de ostentación que de caridad.

Yo sé de millonarios americanos que han legado 600 o 700 millones de dólares y de ellos solo uno a cada hijo y el resto lo han dedicado a crear Universidades y museos, a pensionar sabios que prestasen algún servicio a la ciencia.

Y cuando el capital ofrece este concurso a la ciencia y a las artes ¿se puede decir que no es un pueblo de vida intelectual?

Otro detalle voy a referiros. Sabed que los Estados Unidos es una verdadera república de mujeres, porque allí, por primera vez en la vida, la mujer desempeña el papel que marca la historia y que durante tantos siglos le hemos arrebatado los hombres.

No es que allí la mujer sea un dechado de sabiduría, pero francamente no vive en el estado de barbarie a que aquí la tiene sometida el hombre; barbarie graciosa, seductora y bella, pero barbarie al fin.

Aquí existe todavía el concepto bárbaro, que late en el fondo de todos, de que la instrucción solo puede abrir a la mujer el camino de su perdición.

Allí, no; allí la instrucción es igual para todos los seres humanos y la mujer puede comulgar en el altar de la ciencia igual que los hombres. Allí las mujeres forman el 50 o 60 por 100 de la población universitaria y aun hay universidades exclusivamente femeninas.

La Universidad americana no es un palacio ostentoso, sino una mansión cómoda, en un parque de 20 o 30 hectáreas, con lago en el que los estudiantes pueden ejercitar el deporte del remo; donde el estudiante puede hacer una vida tan plácida y amable que cuando abandona la Universidad encuentra la vida sin sabor y desea volver al refugio plácido de sus estudios.

En los Estados Unidos la mujer desempeña un papel de importancia; es el arte, la literatura, la vida intelectual de aquel gran pueblo, su más bello y dulce atractivo.

Los hombres se rinden al sacrificio de la especialización y así el americano lo que aprende, lo aprende bien. Y el hombre trabaja durante todo el día, come fuera de su casa y no busca en las horas de descanso libros de arte y espiritualidad, sino los que han de perfeccionarle en su especialización.

La mujer, en el hogar, lee libros, toca el piano, asiste a las conferencias y estudia. Yo voy a referiros, a este propósito, una interesante anécdota. Yo fui invitado a comer por un famoso banquero norteamericano. Comimos en un hotel y al terminar me dijo: «Tendría gusto en que usted viniera a mi casa para hablar con mi mujer. Yo no sé nada de literatura. A mí hábleme usted de finanzas; pero en cambio mi mujer sabe de literatura tanto como usted».

Y esto es cierto. Yo he conocido mujeres que me decían: «Ahora estoy estudiando castellano, porque he terminado de estudiar otro idioma.»

—¿Y qué idioma estudiaba usted? —le pregunté.

—Pues, el japonés —me respondió sencillamente.

Yo he visto mujeres que leían en griego las novelas de Aristófanes y así la mujer es la fuerza propulsora de la cultura de aquel pueblo.

En estas condiciones, ¿cómo no ocupar aquel país el primer lugar en el mundo? Yo confío que también España alcanzará ese progreso. ¿Cuándo? Cuando suceda lo que allí, donde no se conoce el miedo al ridículo, al qué dirán. Porque nosotros hemos sido esclavos de una Inquisición, de un estado de barbarie, como sucedió en todos los países, pero con aquella esclavitud acabó el progreso y ahora sufrimos la del miedo al qué dirán.

¡Cuántas cosas nobles y heroicas se harían si desapareciese ese miedo al ridículo! El 80 por 100 de nuestras acciones malas son producto de nuestra cobardía. ¡Oh, si siguiésemos solamente los impulsos nobles y quijotescos de nuestro corazón, sin miedo a la opinión ajena! Nosotros fuimos un gran pueblo cuando fue nuestro tipo representativo aquel Don Quijote que hacía reír, pero realizó las más grandes hazañas de altruismo y de generosidad.

Vivimos bajo la tiranía de una frase de la que ha hecho nuestro pueblo su evangelio: tomar el pelo, frase que ha hecho a España más daño que veinte invasiones.

¡Cuántas frases geniales y luminosas, cuántas acciones generosas quedan inéditas por miedo a que nos tomaran el pelo!

Vivimos una existencia de género chico; nuestro pueblo no tiene miedo a las balas, al peligro, pero tiene miedo a los chistes, a que le tomen el pelo.

¡Bendita la nación que no teme el ridículo cuando defiende la idea que cree cierta y desprecia los ladridos de los canes que salen al camino!

La verdadera grandeza humana está en la mujer, que debe gozar los mismos derechos que nosotros. ¿Por qué la mujer que nos concibe, que da a luz al hombre, al soldado que ha de morir por la patria, no ha de tener derecho a participar en el gobierno de esa misma patria?

Pero como no tenemos argumentos justos y lógicos, oponemos a sus razones el miedo al ridículo y los chistes burlescos.

Las mujeres alcanzarán la aspiración grande de sus derechos si no desisten de conseguirla. Yo sé que en aquel país no desistirán, porque allí las mujeres no tienen oídos para los chistes.

Yo recuerdo que el mes de julio del año pasado asistí a la reunión de la Convención Republicana en Chicago para elegir candidato a la presidencia a Mr. Harding. Allí acudieron las mujeres que reclaman el sufragio de todos los Estados Unidos. ¡Se dice muy pronto «todos los Estados Unidos»!

Baste saber —y permitidme esta digresión— que para recorrerlos desde Nueva York a San Francisco, de Este a Oeste, tardé seis días y seis noches, viajando en ferrocarril. ¿Sabéis lo que representa esto? Quien haya hecho el viaje de España a América, sabe que cada día de navegación ha de adelantarse una hora el reloj, porque cada día significa el cambio de un meridiano. Pues, bien; en el viaje que os digo hay que adelantar seis veces el reloj porque se cambian seis meridianos.

Como decía, en los alrededores de la reunión de Chicago había millares de mujeres, que para distinguirse de las otras iban todas vestidas de blanco, con las faldas cortas, como exige la moda, y un cinturón con los colores nacionales. Y entre aquellas mujeres había jóvenes esbeltas y hermosas, pero también viejas matronas de 150 kilos, con rojas pelucas y gafas de concha, que parecían tener ojos de tiburón. Yo recordaba entonces que la mujer europea hubiera dado de lado el sufragio y sus derechos por no llevar un traje «que no va». Y aquellas mujeres de la manifestación, cuando Harding, el actual presidente, bajó del automóvil, desplegaron carteles que decían: «La mujer que produce los soldados tiene derecho a gobernar la nación.» «La mujer representa el espíritu cristiano y conservador en la familia, etc.»

Aquellas mujeres sufrieron durante cinco o seis horas toda clase de penalidades físicas y yo, que al principio me reí de ellas, porque las veía con ojos de europeo, como los ignorantes que se ríen de las ideas que no comprenden, hube de prosternarme ante aquellas mujeres que llevaban en sus ojos el fuego del martirio, y del heroísmo, las dos grandes virtudes que dan vida a las ideas.

En el mundo triunfará esa mitad del género humano que ahora exige a la otra mitad los derechos que debe tener y que desde hace siglos le negamos.

Se dice que los Estados Unidos es el país donde todo está metalizado, que vive en perpetua caza del dólar, donde nada se hace sin exigir la recompensa. Esto es falso. El pueblo que nos ha ofrecido el espectáculo más extraordinario y romántico de la historia, no puede decirse que es el pueblo materialista del dólar.

Hace dos años, la historia se había interrumpido y el mundo iba a reconstruirse sobre el concepto místico medioeval, vagando por la tierra la sombra de Federico Barbarroja, o sobre una hermosa concepción de progreso, y ese pueblo, que creemos metalizado, asumió la obra de salvar a la humanidad.

La intervención de los Estados Unidos fue la carta decisiva, la gota de agua que hace verter la del.

Podía haber estado tranquilo, gozando la paz que no quería Europa, pero la mujer, impresionada en sus lecturas por el gran drama de la guerra, impulsó a aquel pueblo hacia Europa.

¿Qué representó los Estados Unidos en la guerra? Cada veinticuatro horas llegaban a Europa diez mil soldados norteamericanos, con toda su asombrosa impedimenta, de la que llevaba cada soldado americano lo que bastaba para siete soldados franceses.

Así llegaron dos millones de americanos, que llevaban incluso sus líneas ferroviarias con las que inundaron el suelo de Francia, lo que representaba el trabajo de miles y miles de hombres.

Y en los dos últimos meses de guerra murieron 120.000 soldados americanos, que representa un tributo a la muerte superior, en proporción al tiempo, al de las demás naciones.

Aquel pueblo había venido a Europa para salvar la libertad del mundo y cuando la empresa estaba ganada cruzó otra vez el mar sin pedir nada. Los europeos preguntaban con asombro: «¿Quieren ustedes algo: recompensas, territorios?». Y Norteamérica contestó: «No quiero nada. He salvado la libertad que estaba en peligro y eso me basta».

¿Qué otro Don Quijote ha realizado esa hazaña romántica y noble como el hidalgo Don Quijote del país del dólar?

Y es que aquel país excepcional es el crisol donde se han fundido las virtudes de todas las razas que allí llevó la emigración.

Bismarck decía que temía más una emigración que tres guerras, porque en estas mueren los débiles y los fuertes, los valientes y los cobardes y en la emigración se pierden solo los hombres audaces, los mejores, lo más florido y enérgico, los hombres de más voluntad y genio. Y así España ha llevado su sangre mejor a América y los Estados Unidos es el producto de todas las energías de la humanidad.

De este modo, el pueblo que en el siglo XIX tenía 30 millones de habitantes, tiene en el siglo XX 120 millones de hombres de todas las razas.

Yo creo que los pueblos que cumplen un destino histórico no son los pueblos de unidad étnica sino los pueblos de amalgama.

España, nuestro pueblo de judíos, moros y cristianos, pueblo de amalgama, alcanzó la grandeza de la Edad Media, descubrió América y realizó grandes hazañas, lo mismo que la Roma de la antigüedad, no la de los emperadores, sino la que conquistó todo el mundo de entonces con hombres de varias razas.

Nunca las naciones unificadas pudieron llegar donde llegaron las naciones de amalgama. No llegan estas a la perfectibilidad, porque no existe, porque la perfección es un ideal ilusorio, a la que aspira el misticismo cristiano y el socialista, pero sin conseguirlo porque nadie es perfecto ni puede serlo.

Somos imperfectos como todo lo que existe en el mundo y nos domina lo externo hasta el punto de ser como una pila eléctrica que refleja el estado de la atmósfera. En los hombres más audaces y heroicos hay media hora de cobardía y los más cobardes son capaces en un momento incomprensible de la mayor locura heroica.

La gran ventaja del hombre es que la frente humana es de carne y hueso, pues si fuese de cristal nos asustaríamos al leernos nuestros pensamientos y unos a otros nos miraríamos con miedo, huyéndonos en distintas direcciones.

Y si el individuo no es perfecto ¿pueden serlo los pueblos? No; jamás. Las doctrinas y las ideas que se basan en la perfectibilidad humana viven sobre arena. Solo debemos aspirar a ser menos imperfectos, tanto los individuos como los pueblos.

Y a esto me refería yo cuando decía que los Estados Unidos, sin ser un pueblo perfecto, tenía la ventaja, sobre los demás, de ser menos imperfecto que los otros.

Allí todo es grande, como si se mirase con un cristal de aumento; los caballos son más grandes que aquí; los hombres que se dedican a ser altos son más altos que los de aquí y las mujeres son también gimnastas y fuertes.

Desde su grandeza ve muy pequeñas las cosas de Europa, de toda Europa, porque para ellos, lo mismo es Francia, que Inglaterra, que Italia, que España. Nos consideran igual. No pueden percibir las diferencias de nuestra grandeza porque nos ven desde una gran altura, como quien mira una población desde lo alto de un campanario y ve igualmente pequeñas la casa humilde del obrero que la mansión del potentado.

Tiene aquel pueblo también grandes defectos, enormes defectos, pero los que hoy existen no existirán dentro de cinco años porque se corrigen y depuran.

El progreso de aquel gran pueblo pone en movimiento todas las cosas y renueva incluso los defectos. Aquí, en el viejo mundo, no; porque los defectos no mueren, ni se modifican, ni crecen; cristalizan y se convierten de fluido en roca, y perduran a través de los siglos.

Cuando hay una cosa mal hecha nadie se atreve a cambiarla: «Mis padres la encontraron así y yo debo conservarla».

Así concebimos la santidad de la tradición y la historia, sin aportar nada para glorificarla.

¡Bendito aquel pueblo lejano de los defectos movibles, que pasan como las olas del mar sin cristalizar, marcando con su paso la marcha del progreso! ¡Benditos los hombres y los pueblos que, no pudiendo ser perfectos, aspiran a ser lo menos imperfectos posible!